

III.

Treinta soles pasó la Virgen pura
 En la region Hethéa bendecida,
 De Aín á pequenísimá distancia,
 En la casta mansion de Zacarías:
 Allí la nieta de David, dotada
 Como él también de inteligencia altiva
 En su primer cantar nubló la gloria
 Del gran progenitor de su familia:

Allí al caer de la apacible tarde
 Cuando empieza á alentar la fresca brisa
 Miraba acaso el estrellado cielo
 De vaporosas nubes intranquilas
 Cubierto, que á la vista semejaban
 Diáfanos velos sobre piedras finas;
 O del inmenso mar allá á lo lejos
 Las llanuras sin límites seguía,

Ya, cuando de sus olas agitadas
 Del aquilon á las tremendas iras,
 En montes de zafir hasta las nubes,
 Querer llegar osadas parecian;
 O ya cuando apacibles, levemente
 Rizadas por las auras vespertinas,
 Venian á dormirse en manso curso
 Sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,
 Hasta entonces, á Miriam desconocidas,
 Anegaban su ser, aquellas horas
 De honda meditacion!... ¡Con qué delicia
 De la madre comun, naturaleza,
 Contemplaba la pompa y armonía!
 Desde el inmenso universal conjunto,
 Que el mezquino mortal, con pasmo admira
 Soñando acaso en vanidoso sueño
 Que sus leyes incógnitas descifra;
 Y amontonando luego en laborioso
 Estudio, los sistemas que combina,
 Cuando el secreto juzga adivinado,
 En el punto se ve de su partida;
 Y una vez y otra vez á soñar vuelve,
 Y mas y mas se ofusca y extravía
 La orgullosa razon de que se jacta,
 Que ante un grano de arena se aniquila;

Hasta las mas pequeñas perfecciones,
 Hasta las mas debilitadas tintas,
 Que la mano suprema sábia puso
 Del prado en las postreras florecillas.
 Ella amaba los bosques y los campos,
 Las aguas de las fuentes cristalinas,
 Las doradas espigas del otoño
 Y de mayo las flores bendecidas.
 Ella, mística flor, en los cantares
 Del sábio Rey llamada; entre las hijas
 De los hombres, al lirio comparada,
 Que crece del zarzal en las espinas,
 Ella que al mundo fué, cual la paloma
 Que al arca de Noé llevó la oliva,
 Señal de salvacion en el naufragio,
 En la muerte señal de eterna vida!

Vecino á la mansion del Sacerdote
 Un estenso jardín cercado habia,
 Dó en rica pompa ufanos se ostentaban,
 Y en fragancia y verdura competian,
 Los árboles y plantas mas hermosas
 Que produce en su seno Palestina.
 Su brillante diadema de esmeralda
 Sobre todas las otras altecida
 Soberbia erguia la feraz palmera,
 Del dulce fruto ornada, que es delicia

Del hombre; allí el naranjo perfumado
 De su flor inmortal, se estremecía,
 Cubriendo el suelo de menudas hojas
 De azahar, á la nieve parecidas.
 Allí el rojo granado, el sicomoro
 De esbelto talle, la copuda encina,
 El tamarindo, el abedul reacio,
 Y el cedro, rey de la floresta umbria;
 Y el plátano flecsible, cuya copa
 De verde claro al céfiro mecida,
 Tan tersa luce al sol y abrillantada,
 Que á las sedas de Persia diera envidia:
 Y en fin la pompa y gala y donosura
 Estaba allí completa y reunida,
 Con que dotó feraz naturaleza
 Las fértiles llanuras de la Siria.
 En medio de una fuente saltadora
 Brotaba la corriente clara y viva,
 Que desde entonce entre los hombres lleva
 El dulcísimo nombre de MARIA.
 Y allí de algunos sauces á la sombra
 Ambas sentadas, las felices primas
 Pasar solian las serenas tardes
 En plática sabrosa entretenidas.
 ¡Cuán grave y sazónada y religiosa
 Aquella dulce plática seria!

Santas las dos, las dos en secso iguales,
 Mas en fortuna y en edad distintas:
 Cual la muger primera, de este mundo
 Al nacer á la luz, jóven, sencilla,
 Ignorante del mal, era la una,
 Al trono mas espléndido elegida.
 La otra muger, en años avanzada,
 Alta en virtud y en esperiencia rica,
 Estimaba en su precio verdadero
 Los bienes y los males de la vida.
 Ambas desde el principio destinadas
 A suertes portentosas é inauditas,
 La una en su seno, estéril tantos años
 Del profeta mayor estaba en cinta;
 Miriam, cándido lirio de los valles,
 Reina de los cantares escogida,
 Dentro de sí llevaba el gérmen puro
 Del sumo sér, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,
 Cuando sobre la tierra que dormita
 Y la tranquila mar, la blanca luna
 Sus dulces rayos amorosa vibra;
 Por bajo de una higuera agigantada
 O de un parral so la enramada umbría,
 Con sencillez serviase el banquete
 De aquella ilustre patriarcal familia:

El tierno corderillo, alimentado
 Con la yerba aromática que crian
 Aquellos altos montes; frescos peces
 Cogidos de Sidon en las orillas,
 Y miel silvestre, acaso disputada
 Al trono secular de alguna encina;
 Y en cestas de anchas hojas de palmera
 Graciosa y diestramente entretegidas,
 De Jericó los dátiles sabrosos
 Que á la mesa del César se servían,
 Junto con los alfónsigos de Alepo,
 Los duraznos de Armenia, las sandías
 De Egipto, y otras frutas delicadas,
 En rica profusion se repartían.
 Y el balsámico vino que producen,
 De la fértil Engaddi las colinas,
 En ánforas de piedra conservado
 Del sumo sacerdote Zacarías;
 En vasos de riquísimas labores,
 O en copas de topacio y amatistas,
 En torno á los alegres convidados,
 Escanciaban los siervos á porfia.
 Circundada de tal magnificencia,
 Parca empero Miriam, cual la avecilla
 Que en medio á los racimos del otoño
 Hace de un solo grano su comida,
 De blancos lacticinios y de frutas
 Se alimentaba, y por final bebía

Una taza pequeña de agua pura
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegado
Para Isabel el venturoso día
De dar la luz al precursor profeta,
Fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,
Cuando aprestos espléndidos se hacian
A celebrar con la debida pompa
El feliz nacimiento del Bautista;
De aquel mundano, atronador tumulto,
Cual paloma asustada huyó MARIA,
Y dejando los montes de Judea,
De Nazareth la senda conocida
Tomó, despues que en su dorada cuna
Bendijo y abrazó al moderno Elias.

LIBRO SETIMO.

LA VIRGEN MADRE.

I.

De vuelta á Nazareth, la humilde vida
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,
Que pudiera olvidar envanecida
Viéndose á tantas glorias ensalzada:
Al querer de su esposo sometida,
Dulce, activa, prudente, recatada,
La oracion, el trabajo y la lectura
Toda ocupaban su existencia pura.